

El Redescubrimiento del Petróleo

Por el Prof. E. S H A F E R

EN la antigüedad, el petróleo —este líquido tan apreciado por sus propiedades múltiples— fue conocido largo tiempo antes de la era cristiana. En los documentos dejados por los pueblos del Oriente antiguo, así como en los escritos de los autores clásicos griegos y romanos, se encuentran consignados los lugares y las propiedades de numerosas fuentes de petróleo, y se menciona allí el uso de varios derivados de este aceite mineral: en Persia y en Mesopotamia, se conocía el uso del asfalto; en Egipto, en Grecia, y hasta en Sicilia, servíanse corrientemente de lo que se llamaba “aceite siciliano”, para el alumbrado nocturno de los departamentos y de los palacios.

Aun en la Edad Media, el petróleo no era completamente ignorado por los pueblos de Occidente, si bien no lo utilizaban sino como producto farmacéutico y como lubricante, rarísima vez para el alumbrado.

Investigaciones recientes demuestran que los indios de la América del Norte conocían y utilizaban el petróleo como medicamento, largos años antes del descubrimiento del continente por los europeos. Hasta aquí ha existido el acuerdo, a pesar de la existencia precolombina de explotaciones —muy rudimentarias por lo demás— de manantiales petrolíferos, de que el primer europeo que mencionó el petróleo americano fue el monje francés José de la Roche d'Aillon. Este, en una carta de 1629, cita una serie de yacimientos petrolíferos conocidos entonces en ciertos Estados de la América del Norte.

Ahora bien, un feliz hallazgo en los Archivos generales de las Indias occidentales, me ha permitido averiguar que el conocimiento del petróleo americano por los europeos se remonta a cien años antes de la cita del monje francés que acabamos de mencionar. Este hecho es tanto más digno de nota por tratarse de una región petrolífera en donde hay explotaciones en grande escala apenas hace algunos años.

Entre la Isla de Santa Margarita, situada a pocas leguas de la casi isla de Taria, descubierta por Cristóbal Colón, en 1498, y el continente americano, existe una pequeña isla que los navegantes llaman “La Cubagua”. Esta isla, como la de Santa Margarita, fueron visitadas por primera vez por Alfonso de Hojeda, y pronto se hicieron célebres, así como también la costa de Cumana, por su extraordinaria riqueza en conchas perleras.

La isla de Cubagua fue llamada también “Is-la de las Perlas”. Desde el año de 1523, el ne-

gocio floreciente de las perlas motivó la fundación de una ciudad en Cubagua. El pequeño caserío se convirtió rápidamente en la sede de tres oficiales de la corona de Castilla, encargados de recaudar para el rey de España las contribuciones sobre las enormes utilidades que producía la pesca de perlas.

El 3 de septiembre de 1523, el Consejo de las Indias occidentales, preocupado siempre por aumentar los ingresos de la casa real, dirigía un mensaje de la emperatriz doña Isabel a los oficiales reales de Cubagua, mensaje que en su texto relativo decía así: “Varias personas han traído a España el aceite llamado petróleo, y afirman que el dicho petróleo proviene de un manantial o pozo que se encuentra en Cubagua. Habiéndonos dado cuenta de que este aceite es de provecho, os ordenamos enviarnos, en todos los veleros que hagan escala en vuestra isla, las cantidades que podáis”.

Este mensaje está firmado por varios consejeros de la Corte de Madrid, portavoz de la reina. Y hasta un año y medio después —a tal punto era difícil la correspondencia con regiones tan aisladas como la isla de Cubagua— los oficiales reales contestaron al mensaje real: “Su Majestad nos ordena, dice esta contestación, que enviemos el aceite llamado petróleo que se encuentra en esta isla... Como hay muy poco, no hemos podido recoger hasta la fecha más que media damajuana, pero haremos todo lo posible para enviar lo más que se pueda en lo sucesivo”.

Por estos dos documentos se ve que las fuentes de petróleo americano eran bien conocidas por los europeos, desde los primeros años que siguieron al descubrimiento de la América por Cristóbal Colón. Pero se comprueba igualmente que en Cubagua, donde la explotación industrial actualmente extrae millares de toneladas de nafta, se llegaba apenas a recoger, por las infiltraciones muy lentas del petróleo a través de las rocas, unos cuantos litros en varios días.

Esta dificultad para obtener suficientes cantidades de petróleo para el uso que se hacía en España, desalentó por lo pronto al Consejo de las Indias; el 25 de octubre de 1538, el Consejo escribía a los oficiales: “Por lo que toca al aceite llamado petróleo y acerca de lo que sobre el mismo informáis, es indiferente que enviéis poco o mucho. Enviad cuauquiera cantidad que encontréis, aun cuando no haya sino unos cuantos litros, y continuad los envíos hasta nuevo aviso”...

Se puede deducir de esta demanda que el uso que se hacía en la Corte de España del “aceite llamado petróleo”, era puramente medicinal. No se hubiesen cambiado tantas cartas, ni se hubiese insistido tanto en ello, de haberse tratado de una explotación de fines comerciales para un producto que se obtenía en cantidad tan pequeña y con semejante lentitud.

Por lo demás, estos envíos continúan con bastante regularidad. En 1539, se habla de "un barril lleno de petróleo, sin agua y puro", y en 1540, los oficiales reales de Cubagua envían un tonel de petróleo al Consejo de Indias.

Por otra parte, esta industria petrolera de la isla de Cubagua vino a recibir pronto el golpe de gracia por razones ajenas a la voluntad de los oficiales reales que allí radicaban.

En efecto, si se dignaban tomar en cuenta seriamente la isla de Cubagua en las esferas oficiales, era sobre todo, como ya lo hemos dicho, a causa de la ostra perlera que en cantidades enormes se encontraba en las aguas de esta región. Ahora bien, la exploración desenfrenada de esta pesca trajo muy pronto el exterminio de los moluscos en los alrededores de la isla. Ya en febrero de 1538 el tesorero Castellanos, de Cádiz, decía que "cada día se encuentran menos perlas". Y algunos meses después, una invasión de tiburones trajo por consecuencia la muerte de numerosos pescadores —en menos de cinco días, los tiburones devoraron a una docena— y la pesca de la perla se resintió a tal punto, que a principios de 1539, la mayoría de los pescadores de Cádiz de Cubagua se transportaron al Cabo de la Vela, en donde unos indios habían descubierto, en el curso de una exploración, bancos muy ricos en ostras.

Al cabo de dos o tres años, la ciudad y puerto de Cádiz de Cubagua se despoblaron enteramente. El éxodo de la población, inútil decirlo, hizo caer en el olvido las fuentes del "aceite llamado petróleo", que tan solicitadas habían sido por los cortesanos de Madrid que curaban con este aceite sus enfermedades de la piel.

Este olvido, sin embargo, no fue total. La prueba de ello se tiene en que Juan López de Velasco, autor de la célebre *Geografía y Descripción Universal de las Indias* (escrita en 1575, pero editada hasta 1894, en Zaragoza), refiriéndose a la isla de Cubagua, dice esto: "Existe en el extremo oriental de esta isla, un manantial de donde mana un líquido muy curioso, semejante al aceite, pero que tiene un olor penetrante bastante desagradable."

Es esta la última mención que se halla de una fuente de petróleo en el nuevo continente, mención hecha, como ya lo dijimos antes, en la enumeración del monje francés Joseph de la Roche d'Aillon.

Los yacimientos de Cubagua debían permanecer ignorados o por lo menos descuidados, hasta que, a principios del siglo XX, exploraciones científicas vinieron a determinar la enorme riqueza petrolífera de la región. Yacimientos análogos fueron descubiertos en la isla de la Trinidad y en el Archipiélago, a lo largo de la laguna de Maracaibo (región en que precisamente se encuentra la isla de Cubagua). Y actualmente les ha llegado su turno a las ostras perlíferas, por lo que se refiere al abandono en que se encuentra su explotación, en virtud de que los millares de barriles de petróleo que suministra Cu-

bagua valen efectivamente muchísimo más que las pequeñas esferas brillantes que se encuentran en el interior de las ostras y de que hoy la moda hace muy poco caso, por la enorme difusión que han logrado las "perlas llamadas de cultivo".

(De Lu, París.)

Palabras a la juventud

Por ROMAIN ROLLAND

MI primera palabra a los jóvenes es: ACTUAR. Y el primer enemigo que combato, es el *¿para qué?* porque sé cómo roe las energías jóvenes.

Hay dos clases de *¿para qué?*; unos lo dicen por orgullo; otros, por debilidad. Y los dos son impotencia. Pero el más pernicioso es el primero, porque de su vicio se envanece. Es la enfermedad de una casta intelectual que se niega a la acción de los hombres y a sus leyes, porque le parecen atentar contra sus privilegios, porque limitan sus derechos y la humillan. Esta falsa *élite* desconoce, o deforma, las palabras del gran Goethe: "El hombre alcanza la certeza de su propio ser, en cuanto que reconoce al ser ajeno a él como su semejante, y como sujeto a las mismas leyes". Se aísla y se encierra en lo que llama su *libertad* —esa jaula suspendida entre cielo y tierra, donde se pavonea, esterilizado, su *pensamiento puro*.

¿Es acaso posible encerrarse, aislarse de la época poderosa que nos rodea, del torrente de vida que abre la brecha de una nueva era? ¡Qué miserable orgullo! ¡Y qué vergüenza!

El otro *¿para qué?*, es el vicio contrario; la humildad, a base de un complejo de inferioridad. Esos jóvenes, cansados antes de vivir, han contemplado con mirada inquieta el campo de batalla contemporáneo y las masas enormes que en él chocan de continuo; se espantan de su debilidad, y se desprecian: "¿Qué podrían hacer? ¿Qué podemos realizar...?" Muy poco, en efecto, si cada uno de nosotros permanece aislado. Pero el gran hecho nuevo de esta hora del mundo es que ya nadie está aislado, salvo el que quiere estarlo (y aun los que quieren, se engañan, pues a su pesar son arrastrados por la corriente)... Cada uno de nosotros es más que un hombre; cada uno de nosotros, compañeros, es un millón, es un pueblo en marcha; y con esos millones, con esos pueblos en marcha, van nuestros dioses, nuestros ideales, los más altos que jamás hayan guiado a las multitudes humanas.